

LA PEÑOLA,

SEMANARIO CIENTIFICO Y LITERARIO.

DIRECTOR, DON LEON FARRILLO DE ALBORNOZ.

PRECIOS DE SUSCRICION EN VALLADOLID.

Trimestre. 9 rs.

FUERA DE LA CAPITAL.

Trimestre. 11 rs.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En la Administracion del periódico, calle del Prado, núm. 10, bajo, y en las principales librerías de esta Capital.
Toda la correspondencia dirigirla a nombre del Administrador DON ENRIQUE FERNANDEZ GUILLEN.

SUMARIO.—«Accion de la luz sobre el imperio orgánico,» (conclusion) por Luis G. Frades.—«Crónicas madrileñas,» por Jesús Cencillo.—«La amistad,» por José Fernandez Guillen.—«La Mascarada,» (continuacion) por José de Castro y Serrano.—«Magdalena, ó historia de una desgraciada,» por Remigio Vega Armentero.—«Por una bota,» (continuacion) especie de novela, por Jacobo Fernandez Brizuela.—Charada.—Fuga de vocales.—Logogrifo.—Soluciones del número anterior.

ACCION DE LA LUZ SOBRE EL IMPERIO ORGÁNICO.

(conclusion.)

Los pormenores de estos esperimentos nos llevarían fuera del objeto propuesto en este artículo; pero lo que resulta de ellos, es que cuanto mas cercanos á su nacimiento están los tallos de una planta, más se inclinan á la luz. ¿Pero se fortifican con la vejetacion? ¿Se consolida su tallo y se disminuye su inclinacion? Al contrario; esta inclinacion parece que se aumenta, siendo por otra parte iguales las demás circunstancias segun se separa la planta de la luz.

La naturaleza y el color de los cuerpos, delante de los cuales están colocadas las plantas, influyen tambien sobre su inclinacion; si son de naturaleza de absorber ó de reflejar, mas que pocos rayos, será considerable la inclinacion.

La facilidad con que los tallos crecen y se desenvuelven, aumenta tambien la que tienen de inclinarse hácia la luz. En fin se puede deducir, dice Tessier, que la inclinacion de las plantas hácia la luz está en razon directa de su juventud, de la distancia que las separa ó aleja de la luz, del modo con que sus gérmenes han sido colocados, del color de los cuerpos delante puestos y de la mayor ó menor facilidad que encuentran sus tallos en salir de la tierra.

No nos admiremos ya de que las plantas y los árboles se dirijan siempre hácia el paraje donde la luz alumbrá más; de que á las orillas de las arbo-

ledas y bosques veamos los árboles grandes inclinados hácia fuera y á sus vecinos hacer otro tanto, y que los que estén rodeados de otros, soliciten sin cesar elevarse sobre ellos mismos para gozar de la luz que tanto necesitan.

Vemos igualmente que todas las plantas encerradas en un reservatorio se dirigen hácia el lado por donde les entra la luz. Si ésta influye hasta tal punto sobre la direccion de los tallos, todavia tiene una accion más enérgica sobre su color; así como en el de las hojas, en una palabra, de todas las partes de la flor.

El mismo observador ha hecho tambien un gran número de esperimentos para asegurarse de si las diferentes modificaciones de la luz obraban sobre el color de las plantas del mismo modo que el color directo.

Para este efecto colocó algunos vejetales en una cueva alumbrada tan solo por dos tragaluces, y colocó en las vasijas en que estaban sembrados algunos granos, unas directamente bajo aquellos y otras que podian recibir la luz mediante la refusion por espejos; otras veces se sirvió de la luz de una vela; en otros esperimentos, de la luz de la luna; y finalmente, en otros, de la que atravesaba por cristales de vários colores.

El resultado de todas estas esperiencias fué «que las plantas criadas en subterráneos lejos de la luz del dia, son otro tanto menos verdes cuanto es menor la luz que se introduce, así como tambien su color verde es más subido que las que solo la reciben por refraccion.»

Para que una planta quede descolorida basta que esté algo apartada de la luz, y si no le dá directamente no podrá tener color alguno. En fin, no se puede dudar de que la luz de la luna, la de las estrellas fijas, la de los planetas y la de los crepúsculos, mantienen en los vejetales el color verde que reciben del sol.

De estas observaciones confirmadas en grande por la naturaleza, nace una dificultad que Tessier

no ha disimulado, y de la cual ha dado una solución que nos parece bastante justa.

Si en iguales circunstancias las plantas más espuestas á la luz son las más verdes, ¿cómo es que las que están al Norte ó entre la oscuridad de los bosques están más verdes que las que están espuestas de lleno al sol y sin abrigos? Esto consiste, dice muy ingenuosamente Tessier, que en el primer caso, tienen por lo comun las plantas más frescura; en vez que el segundo, estando más espuestas á las evaporaciones y al ardor del sol que las deseca no pueden conservar su color verde que exige además de la luz, una cierta cantidad de humedad.

Senebier se ha ocupado tambien durante muchos años en investigar el efecto de la luz sobre las plantas, y ha observado que es, no solo causa inmediata de su color, sinó tambien que se debe á su accion la descomposicion del aire fijo en las hojas, y el desarrollo del oxígeno. No citaremos aquí mas que el resultado de sus ingeniosos experimentos.

La prolongacion de los tallos, la blancura de las hojas y la debilidad de todas las plantas, son tanto mayores cuanto la privacion de la luz ha sido, más completo y más durable.

Esta verdad queda demostrada con lo que hemos dicho hasta aquí; ¿Pero cómo obra la luz para dar color á los vegetales? Senebier ha procurado resolver este problema, y leyendo su obra se vé con placer que la naturaleza ha descubierto un secreto en recompensa del celo que ha tenido en consultarla. Ha descubierto la existencia de una materia colorante que reside en la parcuquima de la planta.

Que esta materia colorante es una resina fija en el lugar donde se encuentra; que allí se forma y subsiste, sin circular con los demás fluidos de la planta; que sobre ésta resina es sobre quien obra la luz con accion directa, y que por la combinacion de la luz con ella, es por lo que las partes que la contienen y experimentan sus efectos, se colorean de verde.

Algunos hechos que vamos á referir ván á evidenciar esta ingeniosa teoría.

Si se pone en algun parage oscuro una rama ó un brote, nada se vé en ellos *ahilado* más que las hojas nuevas que salen despues de la privacion de la luz: si igualmente se cubre con alguna cosa una porcion de hoja unida á su tallo expuesto á la luz, quedará verde toda la hoja, escepto la parte que se la habia cubierto; en fin, si se esponen de nuevo á la accion de la luz, las partes de las plantas ahiladas recobrarán muy pronto sus primeros colores, lo cual demuestra evidentemente que no circula la materia colorante, y que la luz, obra directamente por su presencia ó ausencia sobre la parte alterada de la planta, que atraviesa la epidermis que es trasparente para ir á obrar como el oxígeno sobre la materia parcuquimatosa, y darle la tintura verde que debe tener.

Si se adelanta más la observacion y nos ilumina el análisis químico en este laberinto, hallaremos

que las plantas verdes contienen muchos más principios que anuncian la presencia del oxígeno que las plantas ahiladas. Lo que decimos de los tallos y hojas de la planta se aplica naturalmente á los frutos, los cuales tienen más ó menos gusto á proporcion de la luz que reciben.

Esta observacion es constante, ¡Qué diferencia no hay entre el sabor de los frutos de los paises espuestos perpétuamente al ardor del sol y los de los climas templados, donde está rara vez el sol sin nubes!

No contento Senebier con los numerosos experimentos que habia hecho sobre las plantas vivientes, ha seguido la influencia de la luz sobre ellas, aun despues de muertas, examinando su efecto sobre las maderas y sobre las tinturas de las plantas en el espíritu de vino.

Estos resultados son muy curiosos, mediante el número de clases de maderas observadas que asciende á 96, y nos dán razon de las mutaciones de color que vemos acaecer todos los dias, apreciadas en algunas de 4 á 5 minutos.

Indicada á grandes rasgos accion tan importante, nacen de aquí multitud de teorías que tratan de dar esplicacion á la diversa colocacion con que la naturaleza representa sus infinitas bellezas; teorías, cuyo estudio no corresponde al carácter de esta publicacion; así es que para concluir debemos manifestar, que no solamente la luz y la fermentacion natural son las causas que alteran los colores de las plantas, una vez que el clima, el terreno y el cultivo tienen muchas veces la mayor influencia en ello, como lo vemos diariamente en nuestros jardines.

Se ha intentado por diferentes medios dar color artificial á las flores regándolas con diversas tintas, pero estos ensayos han sido siempre harto infructuosos para contar con ellos.

Dejemos obrar á la naturaleza en sus producciones, que como maravillosa que es en las mismas, se complace en los matices mas variados y bellos; aprovechemos y cultivemos con esmero las dichosas cualidades que nos ofrecen, ínterin los purísimos rayos de la luz hacen presente al mundo las armonías de la tierra.

LUIS G. FRADES.

CRONICAS MADRILEÑAS.

IV.

SUMARIO.—El tiempo y los empresarios.—Funciones en los Jardines del Retiro.—Hidrofobia en ascenso.—Veraneo.—Dos libros nuevos.

Madrid 23 de Junio de 1874.

Ya hemos entrado en el estío. Pero supongo, lector, que no creerás que de hecho, porque esto seria aventurar mucho un juicio; sinó solo *honoríficamente*, en atencion á que los rigores de la estacion aún no se han dejado sentir con toda su fuerza

por impedirlo lo vario de la temperatura, lo cual hace que las leyes indeclinables de la naturaleza se vean, en parte, contravenidas.

Tan luego como siente el tiempo, los empresarios de espectáculos teatrales al aire libre sentirán caer en sus arcas, produciendo gratisimo sonido, los pedazos del metal argentífero que con tanto arrobo contemplan los avarientos.

Y cuenta que para contrarestar los accidentes atmosféricos, no perdiendo ripio en la exportacion del dinero del ageno bolsillo, la empresa de los *Jardines del Buen Retiro* ha tomado el *Teatro de la Zarzuela*, para que en él tengan lugar las funciones que á causa del tiempo no pudieran verificarse en los jardines, además de los miércoles y sábados, que son los dias destinados á concierto.

Esto es entenderlo, y no perder el tiempo aun cuando el tiempo se empeña en perder á los empresarios de una estacion tan propensa á la liquidacion.

El teatro de los *Jardines del Euterpe*, así como el del *Prado*, aún no han dado comienzo á sus funciones, por una razon idéntica á la que dejamos apuntada.

En el Retiro están representando con éxito *El proceso de Can-can*, y el precioso baile *Las Odaliscas*. Sucesivamente se irán estrenando las obras: *El demonio de los bufos*, de los Sres. Liern y Oudrid: *Cuadros vivos*, *Aventura aspática* y *Perla salamanquina*, de Amalfi; y además se ha puesto en estudio *El testamento azul*, en tres actos, con música de Barbieri, Oudrid y Aceves. No hay que dudarle: los Jardines del Retiro se verán concurridísimos por su amenidad y agradable ambiente, y las brisas de la noche llevarán en sus alas más de un amoroso suspiro exhalado por los carmíneos lábios de alguna bellisima dama, siendo los árboles mudos testigos de las mil ardientes protestas de amor que se harán bajo sus frondosas ramas algunas enamoradas parejas.

Y ¡oh desgracia é injusticia sin nombre! Esos árboles que brindan solaz y grata expansion al ánimo abatido, por los rigores estivales, pronto serán ejecutados por el muy ilustre municipio de esta capital, que ya les tiene formado proceso, y muy luego decretará su muerte. Sin duda han cometido sus miembros algun *pecadillo* á su presencia, y por temor de que hablen como las cañas del célebre *Rey Midas*, quieren vengarse tan cruelmente.

Más que esto, á buen seguro que debiera preocuparle la cuestion palpitante acerca de la raza canina, porque si la deja á un lado, y no se cuida de dictar órdenes enérgicas que tiendan á precaver todo nuevo accidente funesto como los que hoy se deploran por todo el pueblo de Madrid, será cosa de no salir uno á la calle, ó de marcharse á Pekin para eludirse de la mordedura de un perro rabioso.

Ya en mi crónica anterior os anuncié la muerte de un infeliz padre de familia á consecuencia de la hidrofobia. Pues ahora lectores, tengo que daros la desagradable noticia de haber tenido lugar otras dos muertes por idéntico motivo, y que ayer, á eso

de las diez de la mañana, un perro mordió á siete personas, temiéndose estuviera acometido de la misma terrible enfermedad. Si pronto no se acude á la apremiante necesidad de recoger todos los perros que andan sin bozal por las calles, el conflicto tomará colosales proporciones.

Bien hacen los que se marchan á veranear; pues de este modo se verán libres de semejante peligro. Y á propósito de veranear; el *Lunático del Imparcial*, que con tanto garbo escribe, hablando con un amigo, preguntó:

—¿Ha tomado V. ya casa en la Granja?

—No he podido tomarla, pero la tomaré cuando llueva.

—¿Cómo es eso?

—Hombre, porque me han dicho que las casas están por las nubes.

∴ Hoy el sitio de moda para el mundo elegante, en esta temporada de verano, parece que será San Idefonso, á juzgar por las noticias que ya se tienen respecto á las aristocráticas familias que para dicho punto saldrán en la próxima semana.

∴ Del 4 al 8 del inmediato mes de Julio, se establecerán los trenes de recreo á Santander, á precios reducidos segun costumbre. Si los carlistas se empeñan en visitar aquel pais, seguro es que serán muy pocas las personas que se decidan á emprender tan recreativo viage. Quizás Portugal se vea más favorecido, por ser tambien muy benigno el clima que se disfruta en el vecino reino lusitano.

Y ahora que de Portugal me ocupo, bien será que recomiende á los lectores de *LA PEÑOLA* el libro que, con el título de *Portugal contemporáneo*, acaba de publicar el jóven y reputado escritor D. Modesto Fernandez y Gonzalez. En él se encuentran retratadas con elegante estilo las costumbres de los lusitanos, y además se hace un estudio de su literatura, de sus leyes, etc., etc. Es de esperar que esta obra alcance el mismo merecido éxito que *La hacienda de nuestros abuelos*, porque es utilísima por los conocimientos que suministra, y además porque está llamada á estrechar las relaciones de españoles y portugueses.

En mi próxima revista, porque esta semana ha sido escasa de novedades, me ocuparé con detencion de otros vários importantes asuntos, no olvidándome de lo que se refiera al movimiento teatral, así como tampoco á los libros que recientemente se hayan dado á la estampa. Solo uno mencionaré ahora á mis lectores, que encierra infinitas bellezas, por lo que no deben dejar de adquirirlo: se titula *Pepita Gimenez*, y es original del castizo y elegante escritor D. Juan Valera.

Vuestro siempre afectisimo revistero,

JESÚS CENCILLO.

LA AMISTAD.

Pasion sublime, bella afeccion de nuestro sér, ante la cual los pesares desaparecen ó se debilitan

al menos; ante la que son más dulces los placeres y aumenta nuestra dicha. ¡Oh, amistad! patrimonio exclusivo de las almas nobles y grandes; tu nombre hace asomar lágrimas de ternura á nuestros párpados cuando se pronuncia; solo tu recuerdo basta á derramarlas.

La amistad es una heróica y benéfica virtud que se desprende de la sensibilidad y se halla animada por la inteligencia; y como quiera que estas dos facultades tienen su origen en el alma, así también la amistad es una de sus emanaciones, y como ella, innata en el hombre.

Es una virtud, por ser pocos los que se hallan adornados de sus caracteres distintivos, aunque todos la comprendan, y porque como todas las virtudes, es, ha sido y será acaso invocada hipócritamente por unos, despreciada por otros y escarnecida, prostituida por los mas.

Su imagen ha sido siempre adulterada por los que incapaces de sentir afecciones tiernas, aborrecen hoy lo que ayer adoraban ó viceversa.

La amistad verdadera lo ennoblece y embellece todo, nos hace vivir únicamente para el amigo que nuestro corazón eligió, á él nos une, y de él jamás nos separa; lo mismo en la prosperidad que en la desgracia y aún en esta última es mayor la satisfacción que embarga nuestro pecho conociendo que podemos serle útil, prestándole nuestro leal y sincero apoyo.

El amigo fiel ama siempre; ni los desprecios, ni la ingratitude é infidelidad de su elegido, bastan á entibiar su cariño: de aquí que le perdona su inconsecuencia, todos los agravios, y aun es más, sacrifica su dicha, si fuese necesario, en bien de aquel.

Dos amigos igualmente queridos, son dos almas en una, están refundidas, digámoslo así, por las mismas aspiraciones, por los mismos sentimientos; una misma fuerza impulsa sus movimientos.

Cuando la muerte, que todo lo desune, arrebatara á cualquiera de ellos, el otro le acompaña con valor hasta el borde de la tumba; enjuga las lágrimas producidas por el dolor que le tiene postrado; los solícitos cuidados de que le rodea hacen más benigna la enfermedad, y en los críticos instantes, en aquellos fatales momentos de su agonía, le consuela y lleva á su decaído espíritu la persuasión y conformidad para abandonar la vida.

Después de recoger su último suspiro, y cuando ya la losa del sepulcro ha encerrado el cadáver, dá rienda á su llanto hasta entonces comprimido; desahoga su pena solo, en medio del silencio de los bosques, en medio de las sombras de la noche; pena producida por los recuerdos y la imagen de su amigo que más que nunca le acompaña.

Tal es la misión de la amistad, estos son sus deberes, estas sus gratas consecuencias. ¿Podremos envanecernos en esta época de escepticismo é indiferencia, en que la virtud se halla escarnecida y encumbrado el vicio, de sentir hácia nuestros amigos este franco, desinteresado y leal cariño? Cuántas veces correspondemos con desengaños á sus pruebas amistosas! Cuántas veces vendemos

traidoramente los secretos que depositaron en el seno de quien creían su amigo!

Y que la amistad es precisa, está fuera de toda duda: las necesidades humanas lo exigen, y tan necesaria es, como cualquier elemento vital para la existencia del individuo. Es más; no se concibe un sér, que no se halle en mayor ó menor grado adornado de esta dulce afección, como no se concibe tampoco la existencia de la luz, sin la del rey de los astros; la del mar, sin sus aguas; la respiración, sin el aire.

Los misántropos no debían ser considerados hombres por carecer de alma, pues si la tienen está incompleta, puesto que no sienten una de sus mas benéficas manifestaciones.

Se podrá decir, que siendo pocos los verdaderos amigos, difícilmente les encontraremos; pero á esto contestaremos para terminar, y parodiando á sor Inés de la Cruz: «Sedlo cual deseais, y no como los buscaís.»

JOSÉ FERNANDEZ GUILLEN.

LA MASCARADA.

NOVELA.

por D. José de Castro y Serrano.

II.

(Continuacion.)

III.

Cuando el teniente coronel Alvarez le preguntó al teniente capitán Alvarez qué se le ofrecía en su casa, estuvo el jóven militar muy espuesto á no saber qué contestarle. Repuesto á poco de la sorpresa, balbuceó inclinándose cortésmente:

—Dispense V. caballero, que no es V. la persona que buscaba.

—¡Diablo! exclamó el viejo, pues es extraño que no sea yo la persona á quien V. busca, porque no sé que haya otro Alvarez en Madrid de mi graduación.

—Pues lo hay sin duda alguna, repuso el capitán.

—Es imposible que yo no le conozca, tornó á decir el veterano.

—Repito que le hay.

—Insisto en que no.

—Yo le conozco.

—No puede ser.

—Que sí.

—Que no.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Yo. Aquí.

—¡Diablo! pues no lo entiendo.

—¡Demonio! me esplicaré.

—Eso me gusta, dijo el viejo variando de tono; aquí hay misterio, y yo soy amigo de charadas. Bebamos una copa y hablemos después como usted guste. Una silla, caballero oficial.

Y ambos tenientes apuraron gozosos dos anchas copas de esquisito licor, tomando despues asiento el uno enfrente del otro.

—Pues como decia, mi... no se qué... Veo que es usted militar é ignoro...

—Coronel.

—Pues como decia, mi coronel, V. por lo que veo es un hombre francote, y como tampoco soy ningun cartujo, creo que estamos en el caso de hablar con franqueza

—¡Chica! gritó el coronel, sube un tarro de la cueva...

—Es el caso que yo soy un poco aficionado á las hijas de Eva.

—Ese es mi flaco, dijo el del bigote cano sonriendo maliciosamente.

(Escusamos advertir que el coronel Alvarez no hablaba con mas muger que la suya.)

—Y luego como es jóven, y lleva dos charretteras... y... vamos...

—A su edad de V., capitan, se volvia locas por mi todas las muchachas.

—No quiero yo decir que á mi me suceda lo propio; pero...

—¿Y por qué no, señor mio?

—Gracias, mi coronel. Esta mañana he visto en la calle de la Montera una chica... En fin, no hay que pedir. La miro, me mira; la hablo, sonrie; la sigo, me sufre; voy á entrar en su casa, y me dá con la puerta en los hocicos.

—¡Demonio!

—Pero es el caso que la chica entró en esta misma casa.

—¡Diablo! ¿seria en el cuarto principal?

—Seguramente.

—¡Ah! ya caigo, era Luisita. ¡Y qué guapa es!... con efecto, mucho me gusta; y no crea V... casi casi me han dado intenciones de decirla... pues... pero como esta picara de mi Lela es tan lista y tan... á propósito, señor mio, V. no conoce todavia á mi esposa... ¡Lela!... ¡Lelita!..., comenzó á gritar el coronel, ven, que te voy á presentar á un amigo...

—Tendria mucho gusto...

—¡Lela!!!

—Seguiré despues mi cuento si á V. parece.

—No, no hay inconveniente. Prosiga V.

El capitan comenzó á temblar, pero Lelita no vino.

—Por último, dijo despues de un momento de espera, temeroso yo de que la jóven, al parecer indignada, diese un escándalo, tomo escalera arriba y tiro maquinalmente de ese llamador. Me abren; ¿por quién habia de preguntar? Por mi. Semejante sugeto no era muy fácil que estuviese en casa. Pregunto, me responden, pasan recado, entro, nos encontramos, hablamos, bebemos, fumamos, y con tan plausible motivo nos hacemos amigos.

—Amigos y camaradas, recaló el coronel con afectuosa espresion. Venga esa mano, y destapemos la segunda botella. ¡Vivan los buenos militares y los buenos mozos!

—A la salud de V., mi coronel.

—A nuestra naciente amistad, mi capitan. ¡Lela!... ¡Lelita!..., volvió á gritar el campechano viejo despues de apurar su copa.

—Esta vez se presentó la criada á escusar la falta de la señora.

—Dila que no, murmuró el marido, que venga sin cuidado. Nada de vestirse ni acicalarse. El señor es un amigo de confianza y camarada mio. Dila que venga, y que se traiga la llave del piano.

—Despues, dirigiéndose al capitan, continuó:

—¡Es mucho esta muchacha mia! toca el piano como un profesor. ¿Y cantar? Ni un gilguero. ¿Y hacer labores? ¿Y querer á su viejo? ¿Y todo?... vamos, me alegraré de que V. la conozca y la trate á fondo.

—Yo me honraré mucho...

—¡Ca!... en mi casa sin cumplimientos. Mire usted; yo salgo tres horas todas las mañanas á dar un paseo; desde las doce hasta sentarme á la mesa. Fuera de ese tiempo me paso la vida en casa. Usted viene á esa hora, por la tarde, por la mañana, cuando quiera. Si estoy yo, bueno; si no estoy, Lela no sale casi nunca y le dará á V. conversacion. Hágala V. que toque, que cante: yo no tengo ya influencia con ella en ese particular... ¿creerá usted, capitan, que no he podido hacerla que se fume un veguero ni que apure una copa de este esquisito Ginebra...?

—¡Sea por Dios! exclamó sonriendo el teniente.

—¡Pero qué hará que no viene!... Voy yo mismo á llamarla.

El coronel salió apresuradamente de la estancia, y volvió de allí á poco, trayendo del brazo á su ruborizada esposa.

El capitan y Magdalena dirigiéronse un imperceptible saludo casi sin mirarse.

—Siéntate aquí á mi lado, murmuró el viejo. Este oficial es un amigo mio, y quiero que lo sea tuyo. Es aficionado á la música y á las muchachas; fuma como un turco y bebe Ginebra como un teniente coronel: en fin, le quiero, y esto basta. Venga la llave del piano, siéntate á él, y haznos escuchar esa divina voz. Capitan, V. perdone, dice uno cosas... que...

—Todo lo contrario, dijo con la mayor dulzura el teniente. Yo desde ahora afirmo que la voz de esta señorita será tan angelical como su rostro.

—¡Muchacha! gritó el coronel, ¿cuándo sube esa Ginebra?...

Magdalena, no despegó sus labios, pulsó las teclas del hermoso instrumento y le hizo espresar algunas notas con sin igual maestría. Los ojos del coronel pareció como que se turbaban de gozo.

—Así, así, exclamó dando una palmadita en el hombro de su esposa; canta la melodía del *marinero enamorado*. Oiga V., capitan, oiga V.: es una preciosa sonata. Voy á esplicarle á V. la letra por si no comprende el italiano.

—Con efecto, solo sé un poco... y...

—Pues, lo mismo que yo. A mi tambien me la esplicó el maestro. Suponga V. que es un marinero que está enamorada de su canoa. Es la mas ligera y corredora que se ha conocido en la playa;

un muchacho puede conducirla; y en cuanto al marinero, con solo pisar su fondo, ¡riff!... se pierde de vista. El la engalana todos los días, la cubre de flores y guirnáldas, la perfuma, la aseá... vamos, con decir á V. que está enamorado... Pues señor, otro marinero que no tiene canoa, porque no ha sido suficiente trabajador para sabérsela ganar, vea V. por dónde diablos se muere de envidia. El dueño de la canoa, el pobre marinero, no comprende nada de las perversas intenciones de su amigo, y creyéndole tan amante de la barca como él mismo, lo lleva siempre en ella y la enseña los resortes de que se vale para hacerla navegar, y en fin, pasa el día hablándole de su alhaja. Pues señor, una mañana, el amante marinero estaba cansado y se durmió muy tranquilo, dejando el cuidado del buque al pícaro envidioso. ¿Qué hace éste? Agugerea el fondo de la canoa, deja el timon, salta á una barquilla que se halló al paso, y queda abandonado el pobre marinero en medio de las olas, hasta que buque y dueño perecen en el fondo del mar. Durante esta catástrofe, el marinero sueña que el amigo está cubriendo de flores su canoa, y despierta para darle las gracias. Al pronunciar esa palabra, una ola lo sepulta con su amada.

—¡Preciosa letra! exclamó el teniente.

—En efecto, es muy linda, murmuró Magdalena fijando sus hermosos ojos en el capitán.

—Vamos, hija mia, canta, dijo el coronel estrechando á su esposa.

Magdalena cantó; el capitán se deshizo en elogios; el coronel lloró de alegría.

—¡Infame envidioso! murmuró despues este último enternecido; ¡oh, la providencia debió dejar vida al pobre marinero para que hubiera ahogado á su rival!

(Se continuará.)

MAGDALENA.

(HISTORIA DE UNA DESGRACIADA.)

Magdalena era hermosa, blanca y rubia, espiritual, dulce, encantadora: parecía una virgen como diría un cristiano ó una hurí como diría un árabe. Y Magdalena tenía mucho de árabe; la sangre, la imaginación, las costumbres.

Era huérfana, vivía sola, tenía veintidos años y un pequeño capital que se apresuraba á disipar en el lujo. No, no había otra que como ella se dejara ver en los paseos tan elegante, tan incitadora, tan divina. Las mugeres la miraban con envidia, los hombres con deseo, y unos y otros con admiración. ¡Y luego eran tan enloquecedores sus ojos, grandes y melados! Cuando entreabría la pequeña boca para dar paso á su aliento cálido, parecía que sus labios aún más encarnados que las cerezas de Junio, pedían un beso inmenso. Allá vá, decían todos, allá vá Magdalena, la estrella de la noche, el lucero del alba, la hermosa entre las hermosas. Y

Magdalena pasaba sonriente algunas veces, y siempre erguida y magestuosa como una reina. Y ¿qué! ¿no era ella la reina de todos los corazones?

**

Una tarde de verano, cuando los rayos del sol eran más abrasadores, Magdalena reclinada indolentemente en un diván, descubierto el lascivo seno y en desórden sus cabellos de oro, dormía entregada á un sueño de amores, á uno de esos sueños lánguidos que llevan color á las mejillas, besos á los labios, deseos al alma. Todo yacía en silencio y quietud: dormía la tarde; solo se escuchaba la agitada respiración de la jóven y el ligero roce de sus labios al unirse el uno con el otro. ¡Oh, y qué hermosa estaba durmiendo Magdalena!

—Pasó media hora.

La puerta del gabinete se abrió, y un hombre de agraciado continente aunque vestido hasta la exageración porque su traje atildado rayaba en lo *cursi* ó en lo *recocó* como dicen los franceses, entró con paso recatado y se acercó á Magdalena.

Se arrodilló junto á ella y se puso á contemplarla con delicia, con afán, con ansiedad, como contempla el avaro su tesoro.—¡Qué hermosa está así la flor de las flores!—dijo estremeciéndose y estampando en su garganta un beso ardiente.

Magdalena se despertó: á sus piés tenía la realización de su sueño de amores. Suspiró, sonrió y echó sus brazos al cuello de su amante.

Este murmuró á su oído no se qué de tentadoras palabras, y ella dejó escapar de su boca un sí; pero un sí trémulo, tímido, suave, más dulce que el gemir de la brisa, y el arrullo de las flores, y el suspirar de la tarde.

Poco despues el sol se escondió, y un pájaro cantó tristemente entre el follage de un jardín cercano.

**

¡Ay, cómo pasan las ilusiones! Pasan como la primavera, como los crepúsculos, como las flores.

¡Ay, y como se marchitan las esperanzas! Se marchitan como las plantas, como la hermosura, como el pudor.

El ángel del dolor había derramado una gota de hiel en el sonriente arroyo de la vida de Magdalena.

El hombre que la deshonorara la abandonó, y Magdalena lloró, se desesperó, estuvo enferma algunos días.

Pero ella era aún jóven y hermosa, y el mundo la sonreía, la llamaba, y ella sin vacilar, desesperada, se arrojó en sus brazos. Pronto se quedó pobre, pero sus amantes, sus adoradores, satisfacían sus caprichos; ¡ah! como gozaba Magdalena en su desenfreno!

Así coqueta, voluble, sensual, vivió entregada á todos los excesos de la vida, hasta que brilló la primera cana en su cabeza de treinta años, y brotó la primera arruga en su frente, salpicada con el cieno de las pasiones.

Magdalena lloró cuando se contempló al espejo; se desesperó cuando vió cruzar á su lado indiferentes, desdeñosos, sin reparar en ella, á los hombres.

¿Qué hacer entonces? Su pasado era la deshonra, su presente la vergüenza, su porvenir el dolor. No, no, Magdalena empujada por la negra mano de la fatalidad, debia de rodar al abismo. No hay pendiente más resbaladiza que la del vicio, y Magdalena se habia lanzado por ella, con una desenfrenada carrera.

Por fin cayó en el fondo de todas las miserias; frecuentó todas las moradas de la prostitucion, y se arrastró por los suelos de las mancebías. Tenia treinta y un años, y aparecia como una muger de cincuenta. Su cabeza era blanca, tenia el semblante lleno de arrugas, descoloridos los lábios, escualido el cuerpo, los ojos sin brillo.

¡Desdichada muger! ¡Infeliz criatura! ¡Pobre flor!

Un dia la condujeron al hospital, víctima de una enfermedad asquerosa.

Magdalena reconoció la gravedad de su mal, y entonces quiso arrepentirse. ¡Ay, ya era tarde!

Llamó á un sacerdote y le confesó todas sus culpas, las borrascas de su vida de prostitucion. El sacerdote la perdonó en nombre del Dios misericordioso. Magdalena se quedó más tranquila y se dispuso á morir. ¡Madre! murmuraba en las angustias de su alma.

Al dia siguiente un carro fúnebre, el carro de los muertos, conducia á Magdalena al cementerio. Iba envuelta en un sucio lienzo, y llevaba descubierta el rostro, sobre el que rodaban algunos mechones de sus lácios y pálidos cabellos.

Algunos que la vieron, exclamaron con impía indiferencia:—Ahí vá Magdalena, la estrella de la noche, el lucero del alba, la hermosa entre las hermosas.

Así es la sociedad; así es el mundo; la humanidad que vive se rie de la humanidad que muere.

¡Pobre Magdalena! ¡Y cuántas como ella hay en el mundo!

REMIGIO VEGA ARMENTERO.

POR UNA BOTA.

(ESPECIE DE NOVELA.)

CAPÍTULO II.

Una historia.

(Continuacion.)

Tengo yo un amigo... buen chico! Tenía unas patillas toreras y un capitalito decente, que cualquiera le hubiera envidiado. Pues un dia vió un pié pequeño, y una bota magnífica, y un poquitito de blanca media. Le gustó el pié; mas la dueña de él; y dos meses despues habia perdido las patillas, en una riña por su adorada y el capital en unas cuantas noches con su adorada.

Si yo les contára á ustedes, el dinero que otro caballerito se ha gastado en botas.

Todo su afan era tenerlas con distintos vinos: Aquí las de gran tamaño, Jeréz. Mas allá: un poco menores, Málaga.

Y así tenia una variedad.

Que más: el héroe de las memorias. Quizá por el trago de una bota, el oficial encargado de hacerlas, tardó más de lo regular y luego se la hizo estrecha.

Pero, vamos á otra cosa.

CAPÍTULO III.

Casualidades.

Eran las dos de la tarde cuando concluí la lectura del libro de la cartera.

Hacia mal dia.

El cielo que por la mañana habia estado sereno, empezaba á cubrirse de densos nubarrones, que presagiaban una tormenta.

Mis botas, que por la mañana se habian lucido, no podian hacerlo en el paseo de la tarde.

En Valladolid, cuando es domingo y hace mal tiempo, no se puede pasar la tarde mas que en el café; Variedades, baile de doncellas de... labor, ó el teatro, si hay funcion por casualidad.

Habia zarzuela en el de Calderon, y se representaba «Sueños de oro.»

Pues señor, vámonos al teatro. Cambié de calzado, salí, llegué y pedí un asiento de galeria principal, especie de paraiso con menos escalones.

Encendí un cigarro, y al empezar los primeros acordes de la orquesta, entré á ocupar mi asiento.

Al lado estaba la preciosa niña que habia encontrado por la mañana.

Sentí no llevar mis botas nuevas.

—Señorita, es un placer para mi el volverla á encontrar, la dije: esta mañana se escapó usted tan de prisa, que no pude decirla lo mucho que usted me enamora.

Me miró y me reconoció sin duda, pues contestó:

—Si, esta mañana tropezó usted en mi; iba muy deprisa...

—El mismo, señorita.

—Pues no tropiece usted ahora, dijo sonriéndose y apartando el pié que los míos trataban de encontrar.

—Dispense usted, ha sido sin querer. Es usted tan preciosa, que...

—Basta, me interrumpió, no haga usted una declaracion falsa que de nada ha de valerle: no puede usted esperar de mi mas que amistad si usted la acepta.

—De usted acepto yo todo y...

Nos hicimos amigos.

Quando concluyó la funcion, al salir, me permitió que la acompañara: me dijo que era modista y me indicó el taller donde cosia. La supliqué me permitiera acompañarla todos los dias, y me lo concedió despues de un ligero debate.

—Pero no se haga usted ilusiones, concluyó al despedirse.

—Ninguna, la contesté, pensando lo contrario.
Ébrio de gozo, con el corazón henchido de esperanzas, iba pensando en mi conquista, pues tal la juzgaba yo.

—No había de decirme que sí á la primera vez, pensaba; pero cuando me permite acompañarla, me ofrece su casa y me dice su nombre... algo la habré gustado y..... ¡Eso que no llevaba las botas nuevas!

J. FERNANDEZ BRIZUELA.

(Se continuará).

CHARADA.

La primera y cuarta
son fruta sabrosa,
y prima y segunda
nos cubre y adorna.
Doblando la cuarta
se obtiene una cosa
que por lo frecuente
nos gusta ó nos choca.
La segunda y tercera
cierta parte forma
de un todo que en series
á varios se otorga.
Si á cuarta y primera
el pelo te cortan,
pareces recluta
según te trasforman.
Si prima repites
en nombre se torna;
y en otro muy célebre,
por sus muchas obras,
si en pos de segunda
la prima se acopla.
Si repites cuarta
y luego las cortas
y en medio la tercera
al punto colocas,
hallarás un ente
de ruindad notoria.
La tercera viene
de tierras remotas;
y prima, segunda
y tercera acopian
para hacer que en casa
la gente esté cómoda.
La segunda y cuarta
un pueblo denota;
y es, en fin, el todo,
pues decirlo importa,
una cosa chusca
para quien la nota,
y dura y pesada
para quien la forma.

(La solución en el próximo número.)

FUGA DE VOCALES.

D.F.N.C.N.S

ng.n.=q.=s=.g.d.z.

f.rt.n.=ntr.=l.s=c.b.n.s

l.=n.=r.q...r.—m.n.s

l.=tr.=s.l.=c.b.z.

M.=ss.r...=B RN.RD

LOGOGRIFO.

Letras consonantes dos
y otras dos letras vocales,
forman este logogrifo,
que combinándolas hacen:
una prenda de vestuario
que usaban los militares,
dos verbos, dos adjetivos,
y una interjección muy grave
para decirla de pronto
á las personas formales;
lo que pasa y nunca vuelve
un mamífero y un naípe;
para formar una cuba
una necesaria parte,
y algunas otras cosillas
de que no puedo acordarme;
el todo es una muger
y un color muy elegante.

(La solución en el próximo número.)

Soluciones al número anterior.

CHARADA.—PRÉLAGO.

FUGA DE VOCALES Y CONSONANTES.

Amparo idolatrada,
Amparo hermosa,
ampara á un desvalido
que amparo implora:
no desampares
al que á Amparo se llega
para ampararse.

SALTO DE CABALLO.

Con el suspiro postrero
de una madre, otro sér vino;
y con su llanto primero
éste, la regó el sendero
que la trazó su destino.

Las remitieron los Sres. D. Damian Sanchez, Don José Moncada, D. Antonio Agustina, D. Matias Benet, D. Jnan F. de Velasco, D. Angel Bravo, D. Higinio Conde, D. Juan Perez, D. Julio Vega y D. Augusto F. Caso, y D. Agustin Caballero.

VALLADOLID: 1874.

Imp. Lib. y Estereo-galvanoplastia
DE GAVIRIA Y ZAPATERO.
ANGUSTIAS, 1.